



El Vampiro



Vampiros en un jaula del zoológico. (Fotografías: Nina Leen//Time Life Pictures/Getty Images)

Jan Neruda

EL VAPOR DE LA EXCURSIÓN NOS LLEVÓ de Constantinopla a las costas de la isla de Prinkipo, en donde desembarcamos. No eran muchos los pasajeros: una familia polaca, el padre, la madre, una hija y su novio, y nosotros dos. ¡Ah, sí! No debo olvidar que, cuando estábamos

cerca del puente de madera que va de Green Horn a Constantinopla, un griego, un hombre muy joven, se unió a nosotros. Era, probablemente, un artista a juzgar por el portafolio que cargaba bajo el brazo. Llevaba el cabello negro y largo sobre sus hombros; sus ojos oscuros se hundían profundamente en su rostro pálido. Desde el primero momento me interesé por él, especialmente por su amabilidad y por su conocimiento de isla. Sin embargo, hablaba demasiado, y después de un rato me alejé de él.

La familia polaca era muy agradable. El padre y la madre eran simpáticos por naturaleza, refinados; el novio, un chico joven y apuesto, de modales educados. Habían llegado a Prinkipo a pasar el verano por la hija, quien estaba ligeramente enferma. La muchacha, hermosa y pálida, estaba apenas convaleciente de una severa enfermedad o de un serio padecimiento que rápidamente había caído sobre ella. Se sostenía en su amante cuando caminaba, y a menudo se sentaba a descansar, mientras una tos seca y ligera interrumpía sus suspiros. Cada vez que tosía, su acompañante debía

considerar una pausa en su caminata. El joven le dirigía, siempre, una mirada de sufrida comprensión, y ella le devolvía otra como si dijera: “Si no es nada. ¡Soy feliz!” Creían todavía en la salud y en la felicidad.

Por consejo del griego, quien se separó de nosotros en cuanto llegamos al muelle, la familia alquiló cuartos en un hotel que estaba en las colinas. El hotelero era francés, y todo el edificio estaba acondicionado de un modo agradable y artístico, muy acorde al estilo francés. Desayunamos juntos, y una vez que el calor de la tarde había disminuido un poco, nos dirigimos a las colinas, donde en un pequeño bosque de pinos podríamos refrescarnos y entretenernos con el paisaje. Difícilmente hubiéramos encontrado un mejor lugar y nos sentamos allí cuando el griego apareció de nuevo. Nos saludó alegremente, y mirando a su alrededor, tomó asiento a unos cuantos pasos de nosotros. Abrió su portafolio y comenzó a dibujar.

—Creo que se ha sentado a propósito dando la espalda a las rocas para que no podamos ver sus trazos, dije.

—No tendríamos porqué —dijo el joven polaco— tenemos más que suficiente ante nosotros. Después de unos momentos, agregó:

—Parece que nos está dibujando. Bueno, ¡que siga!

Verdaderamente teníamos mucho qué contemplar. ¡No hay rincón más hermoso o más feliz sobre la tierra que la mismísima Prinkipo! Irene, la mártir política, contemporánea de Carlo Magno, vivió aquí durante un mes en su exilio. Si yo pudiera vivir un mes de mi vida en este lugar, con ese recuerdo sería feliz durante el resto de mis días. Nunca olvidaré ese único día que pasé en Prinkipo.



El aire era claro como un diamante, tan puro y suave que nuestras almas parecían nadar en él. A la derecha, más allá del mar se vislumbraban las cúplicas cumbres asiáticas; hacia la izquierda, a la distancia purpúrea, las escarpadas costas de Europa. La vecina Chalki, una de las nueve islas del Archipiélago de los Príncipes, irrumpía con sus bosques de cipreses en las pacíficas colinas. Y como un sueño triste, estaba coronada por un gran edificio: un asilo para aquéllos que perdieron la razón.

El mar de Marmora estaba ligeramente agitado, y reflejaba los colores como un centelleante ópalo: blanco como la leche a lo lejos, más atrás rosáceo; un encendido rojizo entre las dos islas, y a nuestros pies, un bellissimo azul verdoso, casi como un zafiro transparente. Su belleza era esplendente. No había por ningún lado grandes barcos, a lo largo de la costa tan sólo dos pequeñas embarcaciones con la bandera inglesa. Una de ellas era un vapor tan grande como la caseta de un vigía; la segunda tenía doce remeros, y cuando sus remos se elevaban simultáneamente, gotas de plata derretida caían sobre ellos. Alrededor, los delfines, confiados, saltaban dentro y fuera del agua y se zambullían con largos y curvados vuelos en la superficie del mar. Desde entonces, las águilas serenas emprendían su camino a través del cielo azul, como si midieran el espacio entre los dos continentes.

La pendiente que estaba debajo de nosotros estaba cubierta por rosas florecientes con fragancias que inundaban el aire. La música del mar de una cafetería cercana, acallada por la distancia, llegaba a nosotros transportada por el cristalino viento.

El efecto era encantador. Todos nos sentamos en silencio y consagramos nuestras almas ante ese lienzo del paraíso. La muchacha polaca se recostó en el pasto, con la cabeza apoyada en el regazo de su novio.

El óvalo pálido de su delicado rostro se había ruborizado un poco, y de sus ojos color sulfato de cobre brotaron lágrimas de emoción. Su compañero lo entendió, se reclinó hacia ella y besó cada una de sus lágrimas. Conmovida, su madre comenzó a llorar, y yo —incluso yo— tuve un ligero estremecimiento.

—Aquí, el cuerpo y la mente logran reconfortarse —susurró la muchacha. “¡Qué tierra tan feliz es esta!”

—¡Dios sabe que no tengo enemigos, pero si los tuviera, los perdonaría justamente aquí! —dijo el padre con voz trémula.

Y después, el silencio nuevamente. Todos compartíamos un estado de ánimo inusitado, indeciblemente dulce. Cada uno de nosotros sentía para sí mismo un mundo lleno de felicidad, y cada uno, también, hubiera compartido su felicidad con toda la humanidad. Todos sentíamos lo mismo, y a la vez, ninguno inquietaba a los otros. Apenas recordábamos al griego. Alrededor de una hora después se había levantado, tomado su portafolios y, asintiendo levemente, se había marchado. Nosotros permanecemos en el lugar.

Al fin, después de varias horas, cuando en el sur la distancia se había cubierto de un violeta más oscuro, mágicamente bello, la madre nos recordó que era tiempo de partir. Caminamos hacia el hotel con el paso ligero que caracteriza a un niño despreocupado. Al llegar, nos sentamos en la terraza del hotel.

Apenas habíamos tomado asiento cuando escuchamos en la planta baja gritos y maldiciones. Nuestro joven griego estaba discutiendo con el hotelero, y para entretenernos nos dispusimos a escuchar.

La diversión no duró mucho. “Si tan sólo no tuviera otros huéspedes”, gruñó el hotelero y subió las escaleras hacia nosotros.

—Le ruego que me diga, señor —inquirió la joven polaca— ¿quién es ese caballero? ¿Cuál es su nombre?



Grabado del libro *The Zoology of the Voyage of H.M.S. Beagle*, publicado en Londres, entre 1839 y 1843, y editado por el naturalista Charles Darwin. (Ilustración: ssp/Getty Images)

—¿Qué? ¿Quién demonios sabe cómo se llama ese sujeto? —re-funfuñó el hotelero, y dirigió una mirada maliciosa hacia la planta baja. Nosotros lo llamamos el Vampiro.

—¿Un artista?

—Bonita ocupación. Sólo dibuja cuerpos. Tan pronto como alguien en Constantinopla o aquí en el vecindario muere, ese mismo día él ya tiene un retrato completo del muerto. Ese tipo los dibuja desde antes y nunca se equivoca. Es un buitre.

La vieja polaca gritó aterrada. En sus brazos, su hija yacía con el rostro lívido. Había muerto.

De un solo salto, el amante bajó las escaleras. Con una mano sujetó al griego y con la otra buscó en el portafolio.

Corrimos detrás de él. Los dos estaban enfrascados en la arena. El contenido del portafolio se había dispersado por todas partes. En una hoja de algodón, dibujada con carboncillo, estaba el rostro de la joven polaca, con los ojos cerrados y una corona de mirto sobre su frente. **▲▲**

Traducción: Jesús Francisco Conde